

LIBROS

El primer humanista

"Aspiro, pues, a la gloria humana, sabiendo que ella y yo somos mortales". (Petrarca: "Secreto mío", libro III).

Petrarca representa la cara lírica, ingenua y admirable de un humanismo pronto deshumanizado por el afán de lucro de las clases dominantes que auspician el Renacimiento. Los ideales son puros, pero mueren en los libros y las bellas frases. En la vida diaria prevalecen los intereses, el engaño, la avaricia y el ansia de poder. Petrarca es consciente de ello, y por eso se niega a seguir la carrera de Leyes. "Abandoné por completo tales estudios —dice— no porque no fuera de mi gusto la gravedad de las leyes, sino porque en la práctica se corrompen por la maldad de los hombres. Por ello me disgustó empezar algo que no quería usar deshonestamente". Además, fustiga a los poderosos de su época que "... desdennan por igual fama, virtud e infamia", pero debe vivir y escribir a su sombra (los Visconti, los Carrara, los Colonna...) para sentirse libre de la pobreza y adquirir el ocio necesario que le permita escribir y viajar por casi toda Europa.

Esta contradicción entre el ideal y el deseo, asumida en sus escritos, constituye uno de los aspectos que otorgan modernidad, e incluso actualidad, al humanista italiano, cuya obra en prosa —resumida en sus trazos fundamentales— ha publicado recientemente Alfaguara (1) al cuidado de Francisco Rico, con textos, prólogos, traducciones y notas de Pedro M. Cátedra, José M. Tatjer y Carlos Yarza.

Francesco de Petrarco (apelido que cambiaría con el tiempo por el más eufónico de Petrarca) nació en Arezzo en 1304, hijo de un notario de Florencia militante del partido güelfo (papistas) y desterrado por los gibelinos (partidarios del Emperador).

Las peripecias familiares hicieron que sus primeros años transcurrieran en Montpellier, Avignon y Bolonia, ciudad esta última donde estudió Derecho. Pero como abominaba la carre-

ra, al morir el padre se refugió en el hábito eclesiástico.

Un día de abril de 1347, Petrarca vio a una mujer llamada Laura (esposa del caballero Hugo de Sade) en la iglesia de Santa Clara, de Avignon, y este encuentro originó uno de los mitos amorosos más persistentes en la historia de las letras, porque el poeta no cantaría en sus versos a ninguna otra mujer.

La relación entre Laura (víctima de la peste en 1348) y Petrarca parece haber tenido siempre un carácter platónico, pese a que el poeta mantuvo relaciones nada platónicas con otras mujeres que le hicieron padre de un hijo y una hija, a los que reconoció y educó.

Después de tratar con Reyes, Papas, príncipes y grandes per-



Petrarca.

sonajes, y ser coronado poeta en Roma, murió de un colapso en Arquá, cerca de Padua, en el año 1374.

El descubrimiento de la posibilidad de desarrollar al individuo sobre las bases de la experiencia y el estudio marca uno de los supuestos fundamentales del humanismo y del conjunto de la obra petrarquista. La tolerancia, la curiosidad por lo humano, la afición al estudio de los clásicos grecolatinos, el deseo de intercambiar opiniones, y la ampliación de la libertad individual son notas que están en Petrarca, y presagian el ascenso del mundo moderno frente a los restos feudales y escolásticos.

En sus obras en prosa, Petrarca revitaliza el latín clásico como medio de expresión literaria. El estilo latino de Petrarca —opina Carlos Yarza en su intro-

ducción a los "Epistolarios"— es superior al de Dante y muy superior al de los escolásticos. Paradójicamente, y pese a manejar perfectamente el latín, fue su obra poética en italiano (idioma que consideraba muy por debajo de aquél) lo que le dio más fama. Pero los estudios clásicos fueron para Petrarca cimiento de toda cultura y toda ciencia, y al idealizar la antigüedad y redescubrir las formas latinas en su estado más puro, propició la crítica de textos que abrían nuevas perspectivas al sentido racional y dinámico de la existencia europea.

La herencia de Petrarca se extendió a toda Europa y fue objeto de imitación durante siglos. El humanista de Arezzo ha sido el más imitado de todos los poetas italianos. Su influencia fue casi absoluta en el Cinquecento, hasta que la hipertrofia repetitiva de la forma terminó convirtiendo la claridad y sencillez expresiva en artificio hueco. El "petrarquismo" adquirió significado de banal, y Petrarca, asfixiado por tanta hojarasca, cayó en un relativo olvido hasta la llegada del Romanticismo.

El libro mencionado, cuidadosamente traducido, con abundancia de notas y referencias bibliográficas, contiene una selección de la serie de biografías agrupadas con el título de "Hombres ilustres"; el "Secreto mío", reflexión autobiográfica dialogada y obra capital para la comprensión de los conflictos íntimos del poeta; el escrito "La ignorancia del autor y la de muchos otros", alegato contra los "ultras" aristotélicos; "Epistolarios"; "De los remedios contra próspera y adversa fortuna", escrito también en forma de diálogos; "La vida solitaria", en traducción anónima del siglo XV, y las "Invectivas contra el médico rudo y parlero", en traducción hecha hacia 1450 por el bachiller Hernando de Talavera. En suma: un sustancioso hallazgo no sólo para el estudioso, sino para cualquier lector que pretenda, simplemente, disfrutar la pureza expresiva de un gran clásico. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

China y su integración nacional

¿Hasta qué punto es posible, mediante la movilización de masas, la agitación y la propaganda, transformar en un sentido moderno la mentalidad de

todo un pueblo, uniformar usos y costumbres en una sociedad culturalmente heterogénea, de estructura feudal y básicamente analfabeta, y embarcar a millones de seres humanos en una gran empresa colectiva?

La transformación socialista de la China de Mao es en este sentido paradigmática. Empresa grandiosa desde donde quiera que se mire, erizada, sin embargo, de obstáculos y plagada de contradicciones: tal nos la muestra el doctor Alan P. L. Liu en *Comunicación e integración nacional en la China comunista* (1), libro, sin lugar a dudas, imprescindible para quien pretenda saber algo de la China posterior a 1949, y no sólo en lo que se refiere al desarrollo de los medios de comunicación, sino también a la propia evolución política del régimen maolista.

Como ya hicieran los bolcheviques en la URSS de los años veinte y treinta, los revolucionarios chinos hubieron de montar también con unos costes mínimos, los únicos que se podía permitir un país preindustrial y subdesarrollado, un eficaz sistema de comunicaciones, capaz de hacer llegar las consignas, las normas y valores del nuevo régimen hasta los más apartados rincones de un país fuertemente regionalizado.

El sistema soviético, imitado y desarrollado ampliamente por los propagandistas chinos, consistía en combinar el uso de los medios de difusión, y en especial la radio y el cine —la prensa y el libro eran de más difícil utilización, debido al alto índice de analfabetismo—, con la agitación oral. La insuficiencia notable de aparatos de radio se lograba compensar con la instalación, en los lugares públicos —plazas, fábricas, comedores—, de sonoros altavoces que posibilitaban, más aún, obligaban a una audición colectiva de los programas emitidos centralmente.

El proceso de integración se desarrollaba en dos fases. La primera consistía en la penetración política en regiones hasta ese momento autónomas debido a la fuerte influencia del feudalismo.

Era preciso ante todo construir un eficaz sistema de transportes para poder llegar a esas regiones apartadas, así como llevar a cabo rápidas campañas de alfabetización mediante el recurso a una lengua común y simplificada. Téngase en cuen-

(1) Traducción: Esther Labarta. Punto y línea. Ed. Gustavo Gili. Barcelona, 1978. 272 páginas.

(1) Petrarca: "Obras en prosa. I". Alfaguara. Madrid, 1978.

ta que en China se hablan innumerables dialectos que dificultan enormemente la comunicación entre los habitantes de las distintas zonas del país. Había que montar por último el sistema de emisoras de radio y la red de altavoces.

A la fase de penetración sucedía la de identificación: se difundían, a través de los medios y mediante campañas de información y propaganda, los nuevos valores, normas y metas colectivas, lo que debía facilitar el proceso de socialización en torno al poder comunista.

El doctor Liu analiza en detalle la función desempeñada por los medios de comunicación en todo este proceso. Explica, por ejemplo, los distintos papeles jugados en los momentos clave por la prensa del partido y la militar, y la hábil utilización por parte de Mao de una u otra, según la facción a la que se tratase de combatir o el tipo de campaña que se pretendiese lanzar. Una cuidadosa lectura de la prensa china permite, tal y como muestra el autor, ver reflejada en sus columnas la lucha de las distintas facciones y su continua pugna por el poder. El hecho de que una determinada campaña se lanzase, por ejemplo, desde un periódico militar de provincias y no desde el órgano central del partido, podía ser significativo de una nueva orientación política.

El autor estudia los distintos avatares sufridos por el maoísmo desde 1949: señala sobre todo ese movimiento pendular entre la tolerancia, la apertura crítica y el cosmopolitismo (tendencia de derechas, imputada a los intelectuales) y la fuerte radicalización izquierdista, nacio-

nalista y antiintelectual, que culminaría en la llamada Revolución cultural.

El libro, naturalmente, no recoge, por la fecha de publicación de su versión original (1971), todo lo sucedido en China tras la muerte de Mao: denuncia de la banda de los cuatro, rehabilitación de intelectuales y miembros del partido acusados, en las épocas de agitación radical, de revisionismo y corrupción burocrática, fomento de las tareas de producción y de los intercambios con el Tercer Mundo y los países occidentales, etcétera. Aunque en la introducción a la primera edición de bolsillo, que es de 1975, se actualizan ciertos datos relativos a la prensa, la radiodifusión, el cine y los libros, a la vez que se refuerzan anteriores conclusiones del autor sobre las limitaciones con que tropieza la empresa integradora iniciada, no sin cierta dosis de voluntarismo —tal es la opinión del autor—, por Mao Tse-tung. ■ JOAQUIN RABAGO.

¡Nucleares, no!

El tema de las centrales nucleares es más conflictivo de lo que parece y también de muy difícil solución. Su problemática tiene proyecciones no tan sólo ecológicas, como muchos suponen, sino también económicas, políticas y sociales. Baste recordar que la socialdemocracia sueca perdió su ininterrumpido gobierno de más de cuatro décadas por haberse inclinado a defender el plan de construcción de centrales nucleares en su territorio. Las manifestaciones contra esas centrales han



Central nuclear de Zorita.

cochado unas dimensiones multitudinarias y también a veces violentas, como en Francia o Alemania. En España, la manifestación contra la central de Lemóniz ha sido la más importante registrada en la historia, sólo comparable a la Diada de Catalunya.

Las centrales nucleares son el legado de una tecnología de la destrucción; son el subproducto de un cómo matar mejor. Pero a su vez son un factor más que incrementa los riesgos nucleares. No sólo son un peligro en caso de accidente y sabotaje, sino que también las centrales nucleares producen plutonio como subproducto, necesario para la fabricación de bombas atómicas, con lo que estas centrales se convierten a su vez en un instrumento que facilita la industria de la destrucción y la amenaza del holocausto internacional.

Si alguien no lo remedia, España se va a convertir en territorio de ocupación de las centrales nucleares. De momento tenemos tres reactores en funcionamiento, siete en construcción, otros ocho que cuentan con la autorización previa, y nada menos que diecinueve en proyecto. Esto quiere decir que de aquí a menos de quince años, la mayoría de la energía eléctrica de nuestro país tendrá como origen a las centrales nucleares, y también quiere decir que dependeremos del extranjero, y es previsible saber de qué extranjero, hasta para encender nuestras bombillas antes de finales de siglo.

Actualmente, la producción española de uranio no cubre ni el 20 por 100 de nuestras necesidades, y será mayor según pase el tiempo. Por otro lado, si bien existe una crisis del petróleo y un encarecimiento de este hidrocarburo, cuyas reservas son limitadas —lo que sirve de

argumentación para justificar la creación de centrales nucleares—, no lo son menos las reservas de uranio, cuyo coste también ha ascendido vertiginosamente en los últimos años, pues ha pasado de pagarse seis dólares por una libra a más de 40 dólares, aumentando de la misma manera el costo del enriquecimiento del uranio y el de las mismas centrales, que se ha elevado en unas cinco veces en menos de diez años.

Los problemas de las centrales nucleares no acaban con su construcción y abastecimiento, con las consiguientes secuelas de alteración del medio y potencial peligro. Hay una serie de problemas que aparecen "a posteriori". Uno, el del almacenamiento de los residuos, y otro, bastante desconocido, el de la misma central nuclear que se convierte en inservible para producir energía al cabo de unos veinticinco años a lo máximo, pero que conserva la radiactividad por siglos y puede ser que hasta por milenios, por lo que tendrán que ser cubiertas por gigantescos armazones de hormigón, lo que no descarta el peligro de un cataclismo.

La creación y utilización de centrales nucleares abre numerosas interrogantes. Muchas de éstas y principalmente la de las conexiones de la industria nuclear, que crean una tupida red de dependencia de unos países respecto a otros, y establecen un vínculo más, posiblemente dentro de poco el más importante, de imperialismo tecnológico, son contestadas por Vicens Fisas, en un libro que tiene la habilidad de conjugar amenidad, documentación y profundidad de análisis (1). Por supuesto se trata de una obra que

(1) Vicens Fisas: "Centrales nucleares, imperialismo tecnológico y proliferación nuclear". Campo Abierto. Madrid, 1976. 283 páginas.

